

Fragmento narrativo

Sin rastro de nosotros

Luis Tovar

Un hombre joven quiere hacer un viaje de vacaciones a Oaxaca, durante tres meses, pero su padre se opone. Este es sólo uno de los episodios de dolorosa confrontación entre dos generaciones de varones que habrán de conocer un trágico final en un hospital, como narra Luis Tovar en Sin rastro de nosotros, obra recientemente editada.

Estoy convencido de que desde que tuve 17 años no he dejado de tenerlos, así que debió de ser a los 17 cuando mi padre y yo nos enfrentamos con verdadera acritud por primera ocasión, precisamente a causa de un viaje que yo no iba a dejar de hacer por mucho que él insistiera en decir que era una absoluta pendejada, y en vaticinar que me moriría de hambre. Yo había decidido pasar los poco menos de tres meses que en aquellos tiempos la generosa UNAM daba de vacaciones entre el final de un período lectivo y el inicio de otro, había elegido Oaxaca —aunque el destino podía variar cuando estuviese formado para comprar el pasaje— y la noche antes de mi salida entendí que esta no era como las anteriores, no era un viaje de una semana o quince días cuando mucho, que se pasaban rápido y de cualquier modo, durmiendo en las bancas de la terminal y comiendo lo que me pudiera ganar o robar de los puestos del mercado. Aun siendo un lapso corto, era tanto como irse a vivir a otra ciudad, y cuando lo hice jamás se me ocurrió pensarlo de esa manera, pero al cumplir ese plan cumplía también, sin proponérmelo, lo necesario para que mi padre no pudiera volver a afrentarme diciendo que aun

sin poner dinero directamente en mi mano yo todavía no pasaba de ser un mantenido respondón, puesto que ahí comía y dormía, precisamente las actividades que a partir del día siguiente dejaría de llevar a cabo con su auspicio, hasta que el recommienzo de las clases me trajera de regreso.

Tardé muchísimo en ser consciente —y lo hice más bien gracias a Isabel, que me lo insinuó— de que su temor consistía en que yo decidiera no regresar más, abandonara la escuela, me fuera realmente mal en Oaxaca o me sucediera algún accidente grave, nada de lo cual sucedió a fin de cuentas. Pero esa noche previa al viaje yo estaba demasiado atareado en poner a salvo mi orgullo adolescente, hipertrofiado como suele ser el de todos, por lo cual de plano me reí en su cara cuando, según él zanjando en definitiva el asunto, se dirigió a todos —era la hora de la merienda y como de costumbre no faltaba nadie— diciendo “pues no te voy a dar ni un centavo para que te vayas y óiganme: nadie le va a prestar tampoco, ¿eh, Roberto?”, concluyó particularizando con mi hermano mayor, al tiempo en que miraba a Isabel, pues ellos dos eran los únicos que podían facilitarme alguna lana.

“Y te quiero aquí mañana cuando regrese de trabajar, ¿me oíste?”, agregó gritándome. “¿Sabes qué? No te estoy pidiendo nada, ni a ti ni a nadie. Me voy a ir con lo que tengo —la verdad no sabía si al menos me iba a alcanzar para el pasaje de ida—, mañana, cuando te hayas ido al trabajo. Ni modo que faltes para quedarte a vigilarme, pero si de todos modos lo hicieras entonces me voy pasado mañana, tú no eres capaz de faltar dos días al trabajo. Vamos, ni siquiera uno, así que puedes dar por hecho que cuando llegues mañana en la tarde ya no me vas a encontrar. O sea que si ya te vas a acostar nos vemos dentro de tres meses, ¿okey?”

Yo tenía razón en todo: efectivamente me fui a la mañana siguiente con mil pesos en la bolsa, o sea, 500 que había podido reunir y que resultaron ser exactamente el costo del boleto de tren en segunda clase, más otros 500 que Isabel me dio de último momento y que resultaron fundamentales para poder llegar. A mi regreso, cuando mi padre y yo volvimos a vernos —él estaba regando el jardín, tenía la manguera en una mano y no volteó hacia donde yo estaba al decirle “hola, ya estoy aquí” —, lo único que respondió fue: “Finalmente te saliste con la tuya, ¿verdad?”. “Pues ya ves”, dije yo, y el tema del viaje a Oaxaca no volvió a ser tocado jamás.

Otra cosa en la que yo tenía razón era en que mi padre no faltaba jamás al trabajo, ni siquiera llegaba tarde. Desde que puedo recordarlo, cada mañana desayunaba su “polla” —una mezcla horrída de jerez, dos huevos crudos y un chisguete de Coca Cola, que no pienso probar nunca—, sin sentarse a la mesa sino como quien ya tiene un pie en el estribo, salía a encender el auto para que el motor se calentara —eso cuando no teníamos el viejo Ford Futura modelo 66, que invariablemente debía ser empujado para que arrancara—, y si nos demorábamos un poco más de lo habitual, pues nos llevaba casi a todos tempranísimo a nuestras escuelas, se ponía a tocar el claxon para urgirnos. A las siete y media máximo debía chearse la tarjeta, pero la suya siempre quedaba ponchada minutos antes de esa hora.

Así que yo también tenía razón en cuanto a que no iba a ser capaz de faltar dos días seguidos al trabajo. Ni uno. Menos por mí, para vigilarme e impedir que me fuera. No sé todavía cómo decir esto, pero habría sido mucho muy soberbio de mi parte imaginar que por mi causa él podría estropear su registro perfecto de cero inasistencias e inclusive cero retardos; quiero decir, ojalá mi soberbia hubiese sido desmentida para que él faltase al trabajo por un motivo así de intrascendente y no a consecuencia de haberle estallado el apéndice y haber tenido que permanecer en cama, contra su voluntad, un día y otro y un tercero y un cuarto, hasta que a la quinta jornada de postración en casa su estado, gravísimo desde el primer momento, tuvo más fuerza que nuestra desidia o irresponsabilidad u obediencia demasiado a pie

juntillas; lo que haya sido y que permitió el absurdo de que transcurrieran esos días con mi padre tendido en su cama, sin comer apenas, creyendo él y nosotros con él que en cualquier chico rato se le pasaría el dolor, se levantaría y cada quien iba a volver como si nada a su rutina y sus costumbres.

El dolor no se le pasó ni entonces ni nunca, salvo las treguas adormecidas con medicamentos. Luego del espanto inicial de verlo invadido de sondas en terapia intensiva —adonde fue a dar horas después de que lo llevamos al insuficiente hospitalito de zona—, no sé mis hermanos e Isabel, pero yo sentía como latigazos o cuchilladas sobre mi propia espalda cuando veía retorcerse hasta el desfiguramiento un rostro del que las enfermeras habían rasurado, no sé para qué coños, un bigote sin el cual jamás había visto a mi padre, y cuya ausencia producía el doble efecto de hacer que aparentara todavía más dolor, y que esa involuntaria transformación en un rostro familiar pero novedoso me hicieran tener



la impresión contradictoria de estar viendo sufrir a un desconocido.

“¡Ayúdame, hijo! ¡Me voy a morir! ¡Ayúdame a largarme de aquí, me van a matar si me dejas aquí!”. ¿Qué se supone que mi espanto y mis 19 años podían o debían hacer cuando mi padre me recibía diciendo eso, mal cubierto con la bata azul, sin bigote, tumbado en una cama, conectado al suero, a no sé cuántas sondas y al electrocardiograma? Cuando mucho, y en total silencio, imaginarnos protagonizando una de esas mentiras monumentalmente imposibles de ser trasladadas a este lado de la pantalla, en la que el paciente es “rescatado” del hospital por uno que decidió no convertirse pronto en deudo y entonces, resuelto e imparable, saca a pasear un heroísmo irresistible para enfermeros, médicos y paramédicos que se limitan a abrirle paso al paladín que levantó en vilo a su padre, se lo echó a los brazos y lo salvó de la impericia y el desinterés clínicos que lo tenían condenado a una muerte segura.

Ojalá, chingado; ya quisiera yo que algo así hubiera sido posible, pues aunque nadie nos lo iba a decir con todas sus letras, mi padre estaba efectivamente condenado a no salir de ahí por su propio pie. A los cinco primeros días de inasistencia a su trabajo siguieron tres meses completos, y en algo que mezclaba tozudez con simples deseos de sobrevivir, varios de los pocos momentos en los que estuvo por completo lúcido, los dedicó mi padre a pensar en lo que haría cuando regresara a sus activi-

dades. El resto del tiempo lo pasaba inconsciente, cuando no aturrido y alucinante por tanta droga intravenosa, que era como estaba la primera y las siguientes veces que me recibió implorando ayuda, para luego, en vista de mi silencio y mi petrificación, explotar diciéndome las mismas frases que yo ya había escuchado de su boca en otras circunstancias: “no sirves para nada, pendejo”, “eres una mierda como hijo”, “de todos, tú eres el que más me decepciona”.

Es muy probable que mis limitaciones de entonces —no mucho peores ni más grandes que las actuales— hayan sido las que me hicieron creer que tenía el derecho, según yo, de ponerlo contra la pared preguntándole por su otra familia y queriendo saber si no pensaba en Isabel cuando estaba con la otra mujer. Como cualquiera, vi en la culpa de otro la oportunidad ideal para perdonarme a mí mismo, y precisamente por las mismas o muy similares faltas. Nada sabía él de mis constantes truenos con Angélica, muchos de ellos a consecuencia de los cuernos que yo le puse cada vez que tuve oportunidad. Si lo hubiera sabido, estoy seguro de que —por lo demás con toda justicia— me habría mandado al carajo con mi moralina barata, que además en el fondo yo ni sentía y para la cual me sabía desautorizado. Pero era tan parecido a la venganza, me imagino, que habría sido imposible desperdiciar una oportunidad así de propicia.

Aquella tarde, tres días antes de su muerte, hablé con mi padre por última vez. Los turnos de ocho horas en

©Marina Domínguez Betis



Luis Tovar

los que nos habíamos repartido la guardia permanente a su lado hicieron que no volviera a verlo sino hasta la tercera noche, la última que su cuerpo pasó vivo. Su cuerpo, digo, porque no hay modo de saber si al final tuvo conciencia de lo que su cuerpo estaba viviendo.

Ya no me lo encontré en la misma cama junto al ventanal desde donde se veían todas las luces del norte y el centro de la ciudad. Lo habían cambiado a la primera junto a la entrada sin puerta del pabellón. Lo habían amarrado de muñecas y tobillos a la estructura de metal sobre la que descansaba el colchón, levemente inclinado hacia arriba del lado de la cabecera. Lo habían amordazado, supongo que para evitar que mordiera su propia lengua y muriera por asfixia.

Le habían quitado la sonda que drenaba y el depósito adonde antes iba a dar la pus. Le habían desconectado el electrocardiógrafo. No hacía calor, pero le habían quitado la bata azul y sólo llevaba puesto una especie de pañal. Felizmente, habían dejado que le creciera el bigote. No me daba cuenta ni podía saberlo, pero ahora sí lo habían desahuciado, porque desahucio y ninguna otra cosa podía ser ese virtual abandono en el que lo tenían, y ninguna otra razón podía haber para explicarse el trabajo que me costó conseguir que una enfermera mal dispuesta y soñolienta tuviera a bien primero escucharme protestar, luego ir de mala gana hasta la cama de mi padre, mirarlo como quien ve una escena cotidiana, decirme entre dientes que iría a buscar un doctor para que le hiciera un reconocimiento a mi padre, y desaparecer para siempre en el fondo del pasillo.

Mi turno había comenzado a las once y media de la noche, la enfermera me vio la cara por ahí de las doce. Todavía insistí en buscar ayuda, fui al mostrador de control de enfermeras del piso donde estábamos, encontré a un médico muy joven que me acompañó y puso la misma cara que de seguro tenía yo también, al ver que en el lugar donde habían postrado a mi padre se retorció un amasijo de carne hinchada, luchando por zafarse de las correas que lo unían a un dolor que nunca voy a ser capaz de traducir a palabras.

Volvimos al mostrador, de donde el mediquito sacó unos papeles. Los leyó y me dijo, casi como quien habla de carburadores o de bujías flameadas, que mi papá necesitaba un hígado. Quién sabe qué pensé, quién sabe qué le dije, quién sabe qué hice en ese momento. Tendría que inventármelo, porque no me acuerdo de nada más, salvo que a partir de ese momento enfermeras y médicos, tal vez deliberadamente, me dejaron solo con mi padre, y que no me moví de la silla en que me había sentado, a su costado izquierdo, salvo cuando por un instante no pude soportar lo que veía y me salí del pabellón, me alejé unos pasos y en silencio me puse a cantar *La mala muerte* de Aute. El resto del tiempo estuve junto a él, con un libro sin leer en una mano y con la

mano de mi padre en la otra, que me daba la suya inconsciente de que lo hacía, por puro acto reflejo a consecuencia del dolor que literalmente quería partirlo en dos; el torso se le levantaba, la columna arqueada al máximo que permitían las ataduras de pies y manos; los dedos se le crispaban y yo podía sentir su mano izquierda hinchadísima, como si fuera un animal ahogándose, apretando y soltando la mano inútil del más inútil de sus hijos; la mirada de mi padre ya no miraba el techo ni las paredes del hospital, porque sus ojos abiertos hasta dolerme a mí también estaban fijos en algo que no puede pertenecer a este mundo, y a mí me costaba muchísimo voltear hacia él y detenerme en su rostro, que si bien físicamente, salvo por la extrema delgadez que le había devastado las facciones, era de nuevo el rostro que yo recordaba, era también un rostro que no le pertenecía sólo a él sino ha de ser más bien el que se van turnando todos aquellos que tienen la fortuna infausta de saber que van a morir ya y se están muriendo lenta, dolorosa, concienzudamente, célula por célula, minuto a minuto, con un trascavo revolvedora triturador y horno todo en uno hirviendo y girando a la máxima potencia, licuando sus entrañas hasta volverlas una purulencia estancada bajo la piel tensa que enrojece y pone a sudar al nudo de tendones músculos huesos vísceras atrapadas por el terror animal de su propia extinción inexorable a la que yo me asomaba a diez centímetros de distancia infinita, asido al desasimiento sin remedio de mi padre, ambos incapaces de palabras, él por su mordaza de trapo entre los dientes, yo por la que me llenó la boca cuando quise atisbar aquello que tal vez veía mi padre y entonces descubrí sobre su cuerpo, retorciéndose hasta el techo, figuras imposibles dibujadas a ocho manos por El Bosco, Doré, Goya y Dalí.

Cuando se fue la noche, el cuerpo de mi padre no tenía más fuerzas y se había quedado quieto, amarrado todavía, con surcos cárdenos en muñecas y tobillos. Mi hermano mayor, a quien le tocaba relevarme, oyó mi explicación confusa de imposible trasplante de hígado y médicos ausentes. Horas o días después me contó que por ahí de las once de la mañana, cuando se asomó a mi padre, ya no lo encontró. Seguía tan quieto como yo lo había dejado, no había vuelto a abrir los ojos y mi hermano debió quedarse atento al tórax para ver si se elevaba y descendía. Cuando comprobó que ya no más, fue a buscar algún doctor y desde ese momento debe de haberse puesto a pensar, con su envidiable capacidad de moverse hacia el futuro, en todo lo que siendo el primogénito recaería sobre su espalda. **U**

Fragmento del libro *Sin rastro de nosotros*, de Luis Tovar, escrito con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte y publicado por el sello Eternos Malabares en coedición con el INBA.